

QIU XIAOLONG  
MUERTE DE UNA HEROÍNA ROJA

Traducción de Alberto Magnet

TUSQUETS  
EDITORES

Encontraron el cuerpo a las cinco menos veinte de la tarde del 11 de mayo de 1990, en el canal Baili, un lugar poco frecuentado, a unos treinta kilómetros al oeste de Shanghai.

De pie junto al cuerpo, Gao Ziling, el capitán del *Vanguardia*, escupió tres veces con fuerza sobre la tierra húmeda. Un flaco intento de conjurar los espíritus malignos del día, un día que había empezado con la reunión, durante tanto tiempo anhelada, de dos amigos que llevaban más de veinte años sin verse.

Era una pura casualidad que el *Vanguardia*, una patrullera guardacostas del Departamento de Seguridad Fluvial de Shanghai, se hubiera aventurado hasta el canal Baili, al que llegó alrededor de la una y media. No solía acercarse a aquella zona. Ese paseo, tan poco habitual, lo había propuesto Liu Guoliang, el viejo amigo al que Gao no había vuelto a ver desde los años del instituto, donde habían sido buenos compañeros. Después, a principios de los años sesenta, Gao empezó a trabajar en Shanghai y Liu emprendió sus estudios en la Universidad de Pekín antes de marcharse a un centro de experimentación nuclear en la provincia de Qinghai. Durante la Revolución Cultural perdieron el contacto. Ahora Liu había venido a Shanghai para presentar un proyecto a una empresa estadounidense y, entretanto, se había tomado un día libre para encontrarse con Gao. Volver a verse después de tantos años era un grato acontecimiento que los dos habían estado esperando.

La idea se les ocurrió cerca del puente de Waibaidu, allí donde confluyen las aguas de los ríos Suzhou y Huangpu, cuya línea divisoria puede verse a la luz del sol. El Suzhou estaba todavía más contaminado que el Huangpu. Parecía una lona alquitranada que contrastaba con el azul claro del cielo. A pesar de la agradable brisa de verano, las aguas del río apestaban. Gao no paraba de disculparse. Debería ha-

ber elegido un lugar más en consonancia con la ocasión, como el salón de té Pabellón del Lago, por ejemplo, en la Ciudad Antigua de Shanghai, para poder disfrutar de una plácida tarde en la que conversar de tantas y tantas cosas frente a un exquisito juego de té con la vibrante música de *pipa* y *sanxun* de fondo. Gao, sin embargo, no podía dejar el *Vanguardia* durante un día entero, y ninguno de sus compañeros había querido cambiarle el turno.

Al ver las aguas llenas de lodo, en las que flotaban residuos —botellas de plástico, latas de cerveza vacías, envases aplastados y paquetes de cigarrillos—, Liu sugirió que continuaran navegando en busca de otro lugar donde pescar. El río había cambiado hasta el punto de que apenas lo reconocían; los dos amigos, sin embargo, no habían cambiado tanto. Y la pesca era una pasión que habían compartido en sus años de instituto.

—En Qinghai he echado de menos el sabor de la carpa —confesó Liu.

Gao cogió al vuelo la insinuación. No tendría problemas para explicar que había bajado por el río como parte de una inspección rutinaria, y podría, además, hacer gala de sus habilidades como capitán. Así que propuso poner rumbo a Baili, una derivación del río Suzhou, a unos ciento diez kilómetros al sur del puente Waibaidu. El canal Baili aún no había padecido los efectos de las reformas económicas de Deng Xiaoping. Se hallaba apartado de las carreteras principales y a varios kilómetros del pueblo más cercano. Sin embargo, no les resultó fácil llegar hasta allí por el río. Pasada la imponente Refinería Oriental desde la que se dominaba Wusong, el paso se estrechaba, y algunos tramos eran tan poco profundos que la navegación se hacía casi imposible. Tuvieron que abrirse camino echando a un lado las ramas que invadían el canal, y tras grandes esfuerzos, por fin llegaron a un área de aguas enturbiadas por arbustos y altas hierbas.

Por fortuna, Baili resultó ser el lugar maravilloso que Gao había prometido. Era un cauce pequeño, pero el nivel del agua era alto debido a las lluvias del mes anterior. Los peces abundaban, pues el canal apenas estaba contaminado. En cuanto lanzaron los cebos, notaron que empezaban a picar, y al poco rato comenzaron a recoger los sedales. Los peces daban saltos y caían dentro del bote boqueando y retorciéndose.

—Mira éste. —Liu señalaba un pez que coleaba a sus pies—. Pesará más de una libra.

—Fabuloso —dijo Gao—. Parece que tú traes suerte.

Minutos después, también Gao quitaba, con la uña del pulgar, el anzuelo de una perca.

Feliz, volvió a lanzar el hilo con un movimiento experto de la muñeca. Antes de que hubiera recogido la mitad, algo dio a su hilo un tirón formidable. La caña se arqueó y una enorme carpa saltó en el aire bajo los destellos del sol.

No tenían mucho tiempo para conversar. El tiempo corría hacia atrás mientras las escamas plateadas centelleaban bajo la luz dorada del sol. Veinte minutos... o veinte años. Habían vuelto a los viejos tiempos. Dos alumnos del instituto, sentados uno al lado del otro, conversando, bebiendo y lanzando los anzuelos como si el mundo colgara de sus hilos.

—¿A cuánto se paga la libra de una carpa como ésta? —preguntó Liu, que ahora sostenía otra en las manos.

—Yo diría que por lo menos a treinta yuanes.

—Ya tengo más de cuatro libras. Suman unos cien yuanes, ¿no? —dijo Liu—. Llevamos aquí sólo una hora y lo que he pescado vale más que el salario de una semana.

—¿Bromeas? —exclamó Gao mientras le quitaba el anzuelo a una perca—. ¡Un ingeniero nuclear de tu reputación!

—Es la pura verdad. Debería haberme dedicado a la pesca en la región al sur del río Yangtsé. —Liu meneaba la cabeza—. En Qinghai, a veces pasábamos meses sin probar el pescado.

Liu había vivido veinte años en una región desértica donde los campesinos locales seguían una venerable tradición que consistía en servir un pescado tallado en madera para celebrar la Fiesta de Primavera. El carácter chino para la palabra «pez» también puede significar «excedente», un signo de suerte para el nuevo año. Quizá habían olvidado su sabor, pero no la tradición.

—No me lo puedo creer —se indignó Gao—. El gran científico que fabrica bombas nucleares gana menos que un insignificante vendedor ambulante de huevos cocidos en té. ¡Es una vergüenza!

—Así es la economía de mercado —añadió Liu—. El país cambia, y cambia en la dirección correcta. La gente vive mejor.

—Pero es una injusticia..., quiero decir, en tu caso.

—Bueno, actualmente no puedo quejarme demasiado. ¿Puedes imaginarte por qué no te escribí durante los años de la Revolución Cultural?

—No, ¿por qué?

—Me acusaron de intelectual burgués y me encarcelaron durante un año entero. Incluso después de ser liberado, seguí siendo un personaje «políticamente turbio», de manera que no quise comprometerte.

—Lamento mucho lo que me cuentas —dijo Gao—, pero tendrías que haberme informado. En realidad, debería habérmelo imaginado al ver que me devolvían las cartas.

—Todo eso ya pasó —replicó Liu—. Aquí estamos de nuevo, juntos, pescando y desquitándonos de los años perdidos.

—¿Sabes? —dijo Gao, deseoso de cambiar de tema—, tenemos bastante para preparar una buena sopa.

—Una sopa deliciosa, sí... ¡Mira, ha picado otro! —exclamó Liu y comenzó a tirar del hilo que traía una perca—. ¡Mide casi treinta centímetros!

—Mi esposa no es una mujer muy instruida, pero sabe cocinar excelentes sopas de pescado. Con unas tajadas de tocino de Jinhua, una pizca de pimienta negra y un par de cebolletas verdes, ¡qué sopas tan sabrosas prepara!

—Tengo muchas ganas de conocerla.

—No eres un extraño para ella. Ha visto muchas veces una foto tuya.

—Sí, pero es de hace veinte años —dijo Liu—. ¿Cómo va a reconocerse si sólo me ha visto en una foto de los tiempos del instituto? ¿Recuerdas ese famoso verso de He Zhizhang, «Mi acento no ha cambiado, pero mi pelo ha encanecido»?

—El mío también —reconoció Gao.

Había llegado la hora de regresar.

Gao retomó el timón. El motor empezó a vibrar y a rechinar. Lo puso a la máxima potencia. El tubo de escape escupió un humo negro, pero el barco no se movió. El capitán Gao se rascó la cabeza y se volvió hacia su amigo como pidiendo disculpas. No alcanzaba a entender qué pasaba. El canal era estrecho y, no obstante, bastante profundo. Era imposible que la hélice, protegida por el timón, se hubiese atascado en el fondo. Quizá se había quedado algo enganchado, una red de pesca desgarrada o un cable suelto. Lo primero era poco probable, pues el canal era demasiado angosto para que los pescadores lanzaran sus redes; pero si el problema se debía a un cable, sería difícil desenredarlo para liberar la hélice.

Gao apagó el motor y saltó a la orilla. Desde allí tampoco consiguió descubrir qué ocurría, por lo que empezó a sondear el agua turbia con un largo palo de bambú que acababa de comprarle a su mujer para colgar la ropa en el balcón. Al cabo de unos minutos, dio con algo cerca de la quilla. Parecía un objeto blando, más bien grande y pesado.

Gao se quitó el pantalón y la camisa, y se metió en el agua. No le costó dar con el bulto, pero tardó unos minutos en arrastrarlo por el agua e izarlo en la orilla. Era una bolsa grande de plástico negro, atada con una cuerda. Gao desató el nudo con cierta cautela y se inclinó para mirar en el interior.

—¡Diantres! —maldijo.

—¿Qué pasa?

—Mira esto. ¡Pelo!

Liu se inclinó y se quedó de piedra. Era el cabello de una mujer muerta y desnuda. Con ayuda de Liu, Gao sacó el cuerpo de la bolsa y lo pusieron boca arriba sobre la tierra.

La mujer no debía de llevar demasiado tiempo en el agua. Su rostro, aunque ligeramente hinchado, era joven y agraciado. Unas briznas verdes de junco se habían enredado en abundante melena oscura. El cuerpo era blanco como la cera, con los pechos flácidos y las piernas fornidas. El vello púbico, negro, estaba empapado.

Gao volvió rápidamente al barco, sacó una manta vieja y la arrojó sobre el cadáver. Fue lo único que atinó a hacer en ese momento. Luego partió en dos el palo de bambú. Era una lástima, pero ahora traería mala suerte. No soportaba la idea de que su mujer lo usara todos los días para tender la ropa.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Liu.

—No podemos hacer nada. No toques nada. Hay que dejar el cuerpo así hasta que venga la policía.

Gao sacó su teléfono móvil. Titubeó antes de marcar el número de la policía de Shanghai. Tendría que redactar un informe y contar cómo había encontrado el cuerpo, pero, sobre todo, tendría que explicar qué hacía él allí a esa hora del día y con Liu a bordo. Se suponía que estaba de guardia, cuando, en realidad, había salido a divertirse, a pescar y beber con un amigo. Con todo, decidió que contaría la verdad. No le quedaba otra alternativa. Marcó el número.

—Subinspector Yu Guangming, de la brigada de casos especiales —contestó una voz.

—Soy el capitán Gao Ziling, del *Vanguardia*, Departamento de Seguridad Fluvial de Shanghai. Llamo para informar de un homicidio. He encontrado un cadáver en el canal Baili. El cadáver de una joven.

—¿Dónde está el canal Baili?

—Al oeste de Qingpu, pasada la fábrica de papel Número Dos de Shanghai, a unos once o doce kilómetros.

—Espere un momento —dijo el subinspector Yu—. Déjeme ver si hay alguien disponible.

El capitán Gao iba poniéndose cada vez más nervioso a medida que se prolongaba el silencio al otro lado del teléfono.

—Nos han informado de otro asesinato poco después de las cuatro y media —dijo finalmente el subinspector Yu—. Todo el mundo está fuera, incluso el inspector jefe Chen, pero iré yo. Supongo que sabrá que no debe tocar nada, ¿verdad? Espéreme ahí.

Gao miró su reloj. El subinspector tardaría al menos dos horas en llegar, sin contar el tiempo que tendría que pasar con él después. Luego los requerirían como testigos, y entonces era probable que tuvieran que ir a la comisaría para declarar.

Hacía un tiempo muy agradable y la temperatura era suave. Las nubes se desplazaban perezosamente por el cielo. Gao vio un sapo oscuro que saltaba dentro de una grieta entre las rocas. Su lomo gris resaltaba sobre el color blanco hueso de la piedra. Un sapo también podía ser un bicho de mal agüero. Gao volvió a escupir. Había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho.

Suponiendo que consiguieran llegar a casa para la cena, los peces llevarían horas muertos. Empezó a despedirse de la sopa.

—Lo siento mucho —se disculpó Gao—. Debería haber elegido otro lugar.

—Como afirma nuestro antiguo sabio: «Ocho o nueve veces de cada diez, las cosas de este mundo saldrán mal» —dijo Liu con renovada ecuanimidad—. Nadie tiene la culpa.

Mientras volvía a escupir, Gao observó los pies de la mujer muerta que asomaban por debajo de la manta. Unos pies blancos y hermosos, con las plantas arqueadas, los dedos bien formados y las uñas pintadas de rojo.

Entonces se fijó en los ojos vidriosos de una carpa muerta que

flotaba en el cubo. Por un instante, tuvo la sensación de que el pez lo miraba, imperturbable. Su vientre, blanco como un espectro, estaba hinchado.

—Nunca olvidaremos el día en que volvimos a encontrarnos —dijo Liu.



Libros de Qiu Xiaolong  
en Tusquets Editores

ANDANZAS

Muerte de una heroína roja

Seda roja

El caso Mao

MAXI

Seda roja